

PRESENTACIÓN

Cuando, en el año 1955, Leopoldo Marechal hizo su disertación radial acerca de los «Simbolismos del *Martín Fierro*»¹ era muy difícil decir algo original acerca del poema hernandiano. Ya se habían ocupado de él, entre muchos otros, Leopoldo y Santiago Lugones, Eleuterio Tiscornia, Ezequiel Martínez Estrada, Jorge Luis Borges, Miguel de Unamuno, etc. Y el fruto de ello había sido tanto una extensa crítica literaria como las diversas ediciones del libro con el añadido de muy valiosas introducciones y notas que aportaban a su enriquecimiento. El *Martín Fierro* había logrado recibir el reconocimiento que le hubiera sido retaceado en el tiempo posterior a su publicación.

A pesar de esto, y de que el mismo Marechal no quiso leer ideas complejas para un público presumiblemente extenso, el resultado, como se podrá apreciar en la transcripción, fue muy bueno. Prefirió el escritor decir algunas cosas profundas acerca de las causas que habían posibilitado ese «milagro» literario y sobre su significación histórica, en vez de intentar un juicio del poema en tanto que obra de arte.

En este sentido, y en orden a la comprensión del documento, conviene tener presentes algunos de los aspectos fundamentales del pensamiento histórico-político marechaliano, antes que intentar una búsqueda de filiación con este o aquel crítico del *Martín Fierro*.

¹ Texto de la conferencia leída en la audición «La Conferencia de Hoy», por LRA, Radio del Estado. La transcripción ha sido tomada de: Leopoldo MARECHAL, *Obras Completas*, Perfil, Buenos Aires, 1998, t. V, pp. 157-171.

Por supuesto que el mensaje radial estaba asentado en la idea de que el poema de José Hernández no era uno más entre la literatura gauchesca. Pero esto no era decir nada nuevo. Sin embargo, la originalidad del análisis de Marechal estaría en la descripción de aquellos elementos que, según su juicio, transformaban a ese poema en una obra fundante del ser nacional. Y aquí entraban a tallar tanto la concepción de la historia como lo que, para el disertante, eran las posibilidades abiertas por la obra.

En lo que refiere a la interpretación de la historia argentina, Marechal era tributario de diversas líneas abiertas por los historiadores revisionistas. De este modo, reconocía que aquélla no había comenzado con la Junta de Mayo sino con las fundaciones realizadas en nuestro territorio por los adelantados españoles, sabía que era imposible terminar de agradecer la herencia religiosa y cultural hispánica con la que los americanos habíamos sido favorecidos, y razonaba que el éxito del período independiente de nuestra patria estaba sujeto, en gran medida, a la fidelidad a ese legado. Es que, para él, tanto los gestos y las intenciones fundacionales de los conquistadores españoles, como las acciones realizadas por los argentinos ya independientes que se enmarcaban en la misma tradición, constituían la verdadera esencia de la Patria. Y a esa esencia le correspondía un destino y un tiempo de cumplimiento².

Es evidente que, sobre estas bases, su juicio del ciclo de la llamada «organización nacional» de la segunda mitad del siglo XIX era absolutamente negativo. Este período, en efecto, había sido caracterizado por el alejamiento de la dirigencia política y cultural argentina del fondo hispánico y católico que ahora estaba reservado al pueblo y que antes habían sabido encarnar tanto San Martín como los caudillos federales. Ahora bien, ese alejamiento no era inocuo sino que significaba, lisa y llanamente, el intento de

² Todas estas ideas se encuentran perfectamente condensadas en «Fundación espiritual de Buenos Aires» que puede leerse en MARECHAL, *Obras Completas*, cit., t. V, pp. 106-116.

enajenar a la nación de su verdadero ser, la tentativa de negar la propia esencia para adquirir otra, y el aplazamiento indeterminado del tiempo en el que se debería cumplir el destino religioso de la Patria. Pero tenía una razón: y ella era la transformación sucesiva de la antigua aristocracia criolla en una oligarquía, que empezaría desertora de su destino y admiradora de la cultura foránea, y que terminaría cipaya de Gran Bretaña³.

El literato discurría que, de algún modo, la decadencia de la Argentina estaba ligada a la declinación de quienes habían tenido la misión de conducir a su pueblo y de civilizar el territorio salvaje, y habían rehuído de ambas para disfrutar de los placeres que tanto la ciudad de Buenos Aires como las capitales europeas tenían para ofrecerles.

De manera que tanto la Patria como el pueblo, que era depositario del ser nacional, se habían quedado sin dirigencia. Y este hecho se agravaba por la existencia de una elite cultural que pugnaba porque sus obras parecieran menos un intento de continuar una tradición propia que la tentativa perpetua de copiar el último ensayo europeo⁴.

Es así que, una vez terminadas las guerras civiles consecuentes de la independencia, el tiempo histórico le había reservado a la Argentina una enajenación progresiva de las elites que la conducían con respecto a su pueblo y a su verdadera esencia. Y es en este contexto de desolación en el que está destinada a aparecer la obra más trascendente de José Hernández, que viene, justamente, a intentar dar término a este divorcio creciente entre un pueblo depositario de antiguos tesoros, y una dirigencia que se aleja de ellos. Y aquí nos encontramos con el segundo elemento trascendente,

³ Un ejemplo acabado de esta idea se encuentra en MARECHAL, *Obras Completas*, cit., t. III, pp. 520-540.

⁴ Un texto clave para la crítica a las elites intelectuales de la Argentina es «Proyecciones culturales del momento argentino» de 1947, que puede verse en MARECHAL, *Obras Completas*, cit., t. V, pp. 131-133.

que es el de las posibilidades abiertas por el *Martín Fierro*. Esas posibilidades —que podrían circunscribirse solamente al mentado intento de acercamiento de algunos miembros de la dirigencia a un pueblo que ha quedado abandonado—, en realidad, se amplían a la magna faena de rescate del ser nacional.

Y ese rescate, en el tiempo de desesperanza política en el que Marechal realiza su disertación, implica tanto una purificación como un trabajo escondido. La purificación se encuentra simbolizada en la ida al desierto, la pérdida de todo lo propio y el encuentro con la maltratada cautiva, símbolo del ser nacional en peligro. Y el trabajo escondido en orden al cumplimiento del destino de la Argentina, para el escritor, aparece en las labores penosas y ocultadas del gaucho que, aquí y en otros lugares, son cimiento y simiente de la Patria⁵.

Casualmente, faltaba muy poco tiempo para que Marechal viera cómo se inauguraba un nuevo ciclo político en la Argentina que implicaba tanto la derrota del último líder que le podía representar todavía a la Patria vieja, como la percepción de una vuelta de esa antigua dirigencia extranjerizada, que nunca se había ido del todo. El signo temporal condicionaría al literato, a inaugurar por sí mismo un período de purificación y trabajo escondido en la proscripción, aunque sustentado en la nunca perdida idea del cumplimiento final del destino nacional.

ANDRÉS LAGALAYE

⁵ El escrito fundamental para la comprensión de este tema es, sin lugar a dudas, la «Didáctica de la Patria» que forma parte del «Heptamerón» y que puede consultarse en MARECHAL, *Obras Completas*, cit., t. I, pp. 310 y ss.